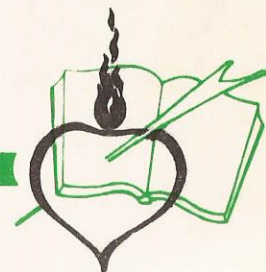


OALA

SAN AGUSTIN DE HIPONA Y LA PASTORAL DE LA LIBERACION

Fray CLODOVIS BOFF. O.S.M.

ORGANIZACION DE AGUSTINOS
DE LATINOAMERICA



Fray CLODOVIS BOFF. O.S.M.

SAN AGUSTIN
DE HIPONA
Y LA PASTORAL
DE LA LIBERACION

IQUITOS 1983

Handwritten signature
Bf. As. P3

1983 NOV 15 10 28 AM

SAN AGUSTIN

DE HIPONA

El presente trabajo ha sido publicado bajo el título **Santo Agustino de Hipona e a Pastoral da Libertação**, en la Revista Eclesiástica Brasileira.

El P. Félix Valenzuela es quien ha realizado la versión castellana y nos ha sugerido la edición. A él nuestra gratitud.

Edita:

Directiva de la Organización de Agustinos de Latinoamérica (OALA)
Convento de San Agustín.
Calle Chile, 924
Apartado 33
QUITO (Ecuador)
Noviembre de 1983

Impreso en los Talleres del _____

CENTRO DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE LA AMAZONIA
(C. E. T. A.)
Putumayo 355 - Teléf.: 23-3552 — Iquitos - Perú

SAN AGUSTIN DE HIPONA Y LA PASTORAL
DE LA LIBERTACION

Curso de Pastoral de Libertación y Ojala de San Agustín, Quito,
de Agosto a Enero, 1983.

Quando, 1983

PRESENTACION

Entre las propuestas presentadas por la VIII ASAMBLEA DEL CONSEJO DE LA OALA, celebrada en Quito en los primeros días de junio de este año, hay una que merece particular atención. Dice textualmente: "Que la OALA propicie un estudio para la relectura de San Agustín y de la historia de los agustinos en América desde la perspectiva de los documentos de la Iglesia y del momento actual de América Latina, como fuente de renovación de nuestra vida y compromiso con la realidad en que vivimos" (Documento Final).

El Tema que nos ofrece el conocido teólogo brasileño Clodovis Boff ha salido a la luz precisamente en esta circunstancia, y nos ha parecido de extraordinario valor para abrirnos a nuevos horizontes en el conocimiento de San Agustín e inspirar una corriente de espiritualidad comprometida con la dolorosa realidad del Continente Latinoamericano.

Confiamos una vez más contar con la acogida de todos los hermanos y servir de elemento de animación en una nueva etapa de la OALA y de la vida de las comunidades agustinas.

La Dirección de OALA

SAN AGUSTIN DE HIPONA Y LA PASTORAL DE LA LIBERACION

Carta de Fray Clodovis Boff a Don José Rodrigues, Obispo
de Juazeiro, Bahía, Brasil.

Querido hermano Don José Rodrigues:

He leído últimamente un bello trabajo de A. Hamman, franciscano francés, uno de los más destacados patrólogos actuales, continuador de la conocida Patrología Latina de Migne. La obra se titula *La vida cotidiana en Africa del Norte en Tiempos de San Agustín* y ha sido publicada por Hachette, París 1979.

El autor ya nos había brindado otra excelente obra, una especie de compendio moderno de Patrología llamado *Los padres de la Iglesia*, publicado por Ediciones Paulinas (1980), y cuya lectura extremadamente agradable recomiendo a cualquier persona que desee profundizar en la rica tradición cristiana.

Pues bien, leyendo el libro citado, en primer lugar no podrá evitar hacer continuas referencias a la situación actual de la Iglesia de Brasil, en particular a la figura de nuestros obispos, especialmente a los de su raza, tan parecidos en tantas cosas al gran Aurelio Agustín.

Pensé que sería bueno comunicar todo eso tanto a Ud. como a otros hermanos obispos, para que puedan sacar de ahí motivos de coraje e inspiración.

Aquí van, pues, aquellas informaciones del mundo de Agustín que me parecen más significativas para nuestra situación pastoral, añadiendo alguna vez las impresiones suscitadas en mí y que comparto con Ud. sin pretensión alguna.

Para facilitar la lectura distribuiré el tema en tres partes, división que no pretende ser rígida:

1. La figura y la función de Agustín como Obispo
2. La acción pastoral de Agustín
3. La pastoral social de Agustín

Procuraré colocar aún algunos subtítulos para hacer la lectura más amena y menos fatigosa.



A. La Figura y la función de Agustín como Obispo

1. Situación de la Iglesia africana

En los siglos IV y V tiempo en que vivió San Agustín, cada ciudad de Africa del Norte tenía su obispo. Los obispos entonces eran en gran parte como los párrocos de hoy. Había uno al frente de cada basílica, o de simples capillas de aldea y hasta de oratorios de *haciendas*.

Esto hacía que para seis millones de habitantes, población de la parte colonizada por los romanos, hubiese unos 430 obispos. En tiempo del cisma donatista, que abarca casi todo el siglo IV, había dos obispos en cada ciudad —y rivales entre sí— Así, en la conflictiva Conferencia de Cartago (411 d. C.) comparecieron cerca de 600 obispos, mitad *católicos* y mitad donatistas.

Las diócesis como la de Hipona tenían hasta 30 ó 40 km. de radio. Comparemos esas dimensiones con las de nuestras diócesis actuales. Aquéllas corresponden realmente a las de las parroquias de hoy, y no precisamente de las mayores.

La Iglesia Africana, a pesar de estar dominada por la cultura latina —la cultura de los colonizadores romanos— siempre se mostró celosa de su autonomía eclesial. Era una iglesia que tenía brillantes figuras como la de Tertuliano, Lactancio, Mario Victorino y especialmente Cipriano, gran defensor de los derechos del obispo ante ciertas

pretensiones de la Sede Romana. Además, el pueblo tenía más veneración por sus santos africanos, un San Cipriano, por ejemplo, Santa Felicidad y Perpetua, que por el mismo San Pedro. Cartago había dedicado ya nada menos que tres basílicas a San Cipriano.

Esta iglesia africana realizaba una reunión general de todos sus obispos una vez al año, como nuestra Conferencia Episcopal. Con la diferencia de que aquellas asambleas eran más representativas: en ellas comparecía el obispo, acompañado de un sacerdote y un diácono.

En total llegaba, más o menos, a mil personas. Puede verse que con nuestras Conferencias no estamos haciendo otra cosa que volver a las más antiguas y auténticas tradiciones —en este caso a la tradición llamada *sinodal*—.

Esas asambleas se hacían normalmente en la sede primada de la región. Cartago, la mayor ciudad de África y la segunda más importante del Occidente latino.

El Primado de Cartago, Aurelio, era gran amigo de Agustín. Este predicaba frecuentemente en la catedral de aquella ciudad y era, en el seno del episcopado africano, como la gran figura, el alma verdadera (*"eminencia gris"* no sería una expresión afortunada).

Sea como fuere, el Primado de Cartago no era un faraón cristiano, como el Patriarca de Alejandría. Con todo, afirma siempre la autonomía de la Iglesia africana frente a Roma. Veamos un ejemplo ilustrativo: el presbítero Apiario es excomulgado por faltas repetidas. Recurre a Roma y consigue la absolución. Regresa entonces acompañado por el legado romano Faustino. Entretanto, Aurelio reúne a los obispos en Concilio.

Faustino, más abogado que juez, se pone a defender a su cliente frente a los obispos. Estos se mantienen firmes y deliberan durante tres días. Y he aquí el gesto teatral: el acusado reconoce su falta. Faustino vuelve para Roma con la siguiente carta: *"Dejemos de lado esos procedimientos arrogantes del mundo. No convienen a la Iglesia de Cristo, donde todo debe hacerse en la simplicidad y humildad de la presencia de Dios"*.

A propósito recuerdo un caso aún más celebre: el de los obispos de las tres diócesis españolas de León, Astorga y Mérida, que habiendo flaqueado en la fe, fueron depuestos por el mismo pueblo que los habría elegido. Uno de ellos, Basílides, recurre al Papa Esteban y consigue ser repuesto. Cipriano, primado de esta región, se reúne con 37 obispos para resolver el caso. Resultado: el Concilio afirma que Esteban está lejos y mal informado. Además, el restablecimiento es ilegítimo, puesto que el pueblo había ejercido un sagrado derecho. En su carta 67 a los fieles de aquellas tres ciudades afirma Cipriano literalmente: *"El propio pueblo tiene el poder de elegir los obispos dignos y de recusar los indignos. Procede de la autoridad divina el que se elija obispo en la presencia del pueblo, a vista de todos"*.

Tal es la praxis de la iglesia antigua, donde la iglesia local o regional gozaba de gran independencia. El Vaticano II, revalorizando la Iglesia local, volvió a esta hermosa tradición. No se puede decir que estas iglesias fuesen cerradas. Al contrario, tomando sólo el caso de Agustín, se ve que mantienen contacto, especialmente epistolares, con papas y emperadores, con teólogos y obispos de otras iglesias, como San Jerónimo, Paulino de Nola, Simpliciano de Milán, etc.

La fama de Agustín se extiende hasta el Oriente y, llega a recibir una invitación del Emperador para participar en el magno Concilio de Efeso (431 d. C.). Pero le ocurre lo mismo que a Santo Tomás de Aquino, durante el Concilio de Lyon (1274): muere poco antes de la apertura de los trabajos conciliares.

Puedes imaginar lo que hubiera ocurrido con su presencia en ese turbulento Concilio, presidido por Cirilo de Alejandría, africano como él.

2. Obispos y sacerdotes de la época

El propio Agustín cuenta cómo se desarrolló su *"carrera eclesiástica"*: *"Fui agarrado, hecho sacerdote y llevado finalmente al episcopado"*. Además, su resisten-

cia a la ordenación fue interpretada por el pueblo como resentimiento por no haber sido promovido directamente a obispo.

En la iglesia antigua, por lo menos hasta San León (400) la elección para los cargos eclesiásticos era hecha por el pueblo, o por lo menos con su consentimiento. Muere un obispo y van todos a la catedral. Se forman corrientes de opinión, pudiendo dividirse y aún enfrentarse. A falta de candidatos, los pastores presentan tres nombres. El resultado de la elección popular es muchas veces sorprendente. Fue el caso de Ambrosio, que apenas era catecúmeno. Siendo gobernador de Milán, sede imperial de Occidente, y habiendo ido con sus tropas a la catedral para garantizar el orden en las elecciones (que podrían ser tumultuosas) es sorprendido por los gritos: "*Ambrosio, obispo! Ambrosio, obispo!*". Tiene que aceptar.

El hermano de Jerónimo, Pauliniano, es amordazado y arrastrado hasta el altar y allí ordenado.

Puede observarse que aquel pueblo no andaba con tanta ceremonia. Iba directo al grano. Entendía la función del obispo y del sacerdote de una manera mucho más realista que nosotros. Era un ministerio, una tarea que la comunidad necesitaba, y punto. No por eso los pastores estaban menos investidos de un poder divino mediante la imposición de las manos o la unción.

Una cosa no contradice a la otra.

Evidentemente que un método de ésto se presta a manipulaciones. Pero no deja de ser impresionante el hecho de que fue por este proceso, realmente popular, por el que salieron grandes obispos en la Iglesia.

Así podemos decir que fue el pueblo quien nos dio a San Ambrosio y al mismo San Agustín. Todos los papas de los tres o cuatro primeros siglos —y toda una pléyade de santos y mártires— fueron prácticamente escogidos por el pueblo. No es esto una gran lección?

Y no sólo para la sociedad civil, sino también para la Iglesia. Por qué entonces, esa desconfianza y ese miedo del pueblo, de que es ignorante y va a equivocarse? Tanto

menos se justifica cuando se admite que el pueblo cristiano tiene el "*sensus fidei*" (Lumen gentium).

Agustín mismo, con más de 70 años, propone al pueblo la aprobación de su sucesor. Señala a Eraclio en una asamblea extremadamente participada, donde el diálogo del obispo con su pueblo muestra un alto grado de sintonía. Los estenógrafos (carta 213) nos dejaron las aclamaciones del pueblo: "*Alabanza a Cristo*" (23 veces), "*Viva Agustín*" (16 veces), "*Gracias por tu elección*" (16 veces), "*sea, sea*" (12 veces), "*Eraclio, obispo*" (16 veces)

Conocido es también el caso en que el pueblo de Hipona, no sin algún interés, propone para la ordenación uno de los hombres más ricos del imperio, Piniano (Carta 125). El está allí sólo de paso, para liquidar su inmensa riqueza en favor de los pobres y de la Iglesia. El hombre se resiste y Agustín, por su parte, se niega a ordenarlo. La asamblea se vuelve tumultuosa y tensa, hasta que con la mediación del obispo se llega a un acuerdo: si un día Piniano fuese ordenado, que lo sea para Hipona...

Aún así, o tal vez por causa de eso, al lado de grandes obispos, hay obispos mediocres: "*Ellos tienen el título —dice Agustín (Serm. Guelf. 32,6)— ellos ocupan la cátedra, pero son como espantajos —esos muñecos forrados de tela que montan guardia en la viña*".

En vez de ser pastores dedicados al rebaño, no pasan de mercenarios que buscan el propio interés. Pero parece que las cosas están mejorando. Pues en años pasados, en pleno Sínodo de Ciria, un obispo se levanta y acusa a otro, Purpurio, de haber matado a dos sobrinos. Este responde con toda la truculencia: "*Sí, yo maté y mataré a todos aquellos que están contra mí. Por eso, te doy un consejo: no me calientes más !...*"

Sobre todo es en los lugares remotos y atrasados donde se encuentran obispos así. Naturalmente salen de entre el pueblo de ese lugar. Antes eran libertos, colonos y aun esclavos. Siendo obispos continúan labrando los campos. Algunos aprovechan su puesto eclesiástico para, de pobres, transformarse en latifundistas. Bajo el impulso de Agustín el Concilio de Cartago declara criminales a tales obispos y clérigos.

Su nivel cultural es bajísimo. Algunos apenas consiguen firmar el propio nombre, como se ven en los registros de la Conferencia (411). Cuando se sabe que un Aurelio en Cartago, en el tiempo de Agustín, consagra un obispo cada domingo, ¿no se tiene la tentación de pensar más bien en los animadores laicos de nuestras comunidades?

Y ¿qué decir de los sacerdotes? Hacían más la figura de sacristanes promovidos que otra cosa. La disciplina de la continencia ya estaba en vigor en aquella época: tenían que ser célibes, o si estaban casados, vivir separados de su mujer. Naturalmente para ganar el sustento tenían que trabajar, pero en una profesión honesta. Por eso, les estaba prohibido ser "*capataces de haciendas*", comerciantes explotadores, usureros, etc.

El nivel cultural era lamentable. En plena misa deletreaban en la lectura de los textos, provocando risas en la asamblea. Y cuando abrían la boca por cuenta propia, no se sabía quién era el Padre ni quién el Hijo.

A tal punto que el pueblo dudaba de la validez de los sacramentos.

Uno de ellos, pensando que los evangelios (canónicos) eran poco atrayentes, los sustituyó por los evangelios apócrifos, juzgados como mucho más interesantes...

Realmente, cuando se constata todo eso, no se puede dejar de admirar la reforma tridentina del clero, de la que nosotros somos fruto. Por otra parte, no deja de ser llamativo o cuestionador ese enraizamiento de los dirigentes de la Iglesia en el seno de la vida del pueblo. Me parece que la formación de nuestros agentes de pastoral va en una línea de síntesis entre esos dos polos: encarnación en el seno del pueblo y capacitación a servicio del pueblo.

Se debe decir también que en aquella época toda la vida eclesial giraba en torno de la figura del obispo. Este siempre ocupa el primer plano de la escena. Como vimos, el pueblo es todavía bastante activo, pero su influencia disminuye. Además del clero (sacerdotes, diáconos, acólitos y lectores), el obispo tiene la asesoría de un consejo

de laicos, probablemente elegido. Son los "*seniores laici*", sacados especialmente de entre la élite. Auxilian al obispo en la administración de los bienes eclesiásticos y en las cuestiones propiamente pastorales. En eso, me parece que nosotros nos orientamos hoy, a partir del Concilio Vaticano II, en una dirección contraria y más próxima al modelo neotestamentario (Iglesia-toda ministerial).

3. El Obispo Aurelio Agustín

Fue consagrado obispo a los 41 años de edad, y en este puesto permaneció 35 años, hasta su fallecimiento a los 76. En total 35 años de episcopado!

Su Iglesia catedral tenía el nombre de Basílica de la Paz. Era una de las iglesias más amplias de toda Africa: 48 metros de largo. La casa del obispo estaba al otro lado de la calle, de manera que siempre había mendigos esperando al obispo, para pedirle una limosna cuando se dirigía a la iglesia.

La residencia episcopal es al mismo tiempo un monasterio donde Agustín, con su clero, lleva una vida comunitaria intensa. El ideal de la comunidad es la vida apostólica, el ministerio. De allí salieron una decena de obispos. Ese ideal que alimentó en la Edad Media el movimiento de canónigos regulares, fue vivamente recomendado por el Vaticano II y procura hoy ser vivido por innumerables comunidades sacerdotales. Se oye también decir que la vida religiosa se apoya en este trípode: votos, comunidad y apostolado. La alimentación de la mesa de la comunidad es frugal: legumbres y frutas. Vino casi siempre. Carne, rara vez. El único lujo: cuchara de plata.

Agustín no acepta regalos o los comparte con otros: los pobres o los diáconos: "*Un vestido lujoso me llena de vergüenza y no conviene a mi función*". Se viste con sencilla túnica de mangas, y se cubre tal vez con un manto. Tiene siempre cortada la barba, a la moda romana, y no como Juliano, el emperador, que por eso mismo era llamado "*cabrito*". Tenía el cabello corto y sandalias en los pies. Lejos, por tanto, de la representación clásica de

En ese día se celebra Misa —una sola— en la Catedral, para todo el pueblo. La población de la ciudad y del campo (hay personas que vienen desde 20 kms. de distancia) está allí reunida, aunque del precepto dominical aún no se habla.

Pero siempre hay un buen número que en vez de Misa prefiere asistir a los juegos —problema que atormenta al pastor y al cual él tantas y tantas veces ha de volver.

El tiempo es funcional, sin estatuas ni pinturas. Apenas algunas cortinas y luces, pues *"amar a Dios es amar al Invisible"*.

Entra el pueblo y la conversación corre suelta. Cuando la ceremonia comienza, baja el tono, pero el barullo de fondo continúa durante toda la celebración. Así es el extrovertido pueblo mediterráneo.

Agustín ingresa por el fondo, acompañado de los acólitos. Pasa por medio de la multitud compacta, donde hay de todo: desde cristianos auténticos, hasta donatistas y aun paganos. Va vestido de túnica blanca, especie de alba, y tal vez cubierto con un manto que se abre como una capa. Los presbíteros lo esperan sentados, en el semicírculo del ábside, mientras los diáconos y el pueblo están de pie. No hay bancas, como en Italia, y el pueblo se queda todo el tiempo de pie, inclusive durante el sermón, cosa que muchas veces angustia a Agustín.

El obispo llega a la cátedra, cubierta de brocado. Es un lugar de gran prestancia. Representa la primera y más importante función del obispo: enseñar las Escrituras. Al fin, él es el depositario del ministerio de los apóstoles. De ahí viene también el nombre de catedral: Iglesia donde se encuentra la cátedra del obispo.

De hecho, el obispo de la Iglesia antigua era esencialmente un evangelizador, un profeta. Agustín se sabe de memoria toda la Biblia y la domina de tal modo que ella hace cuerpo con todo lo que dice. En sus escritos la cita nada menos que 60,000 veces !

Como presidente de la asamblea, Agustín nada tiene de la rigidez y de la hieraticidad del oficiante bizantino.

Las misas con él son vivas: el pueblo habla, aplaude, aclama, protesta o recusa.

Después de una primera lectura, viene el cántico del salmo. La alegría se muestra en la vocalización, especialmente en el Aleluya, donde la "a" se prolonga indefinidamente. *"Es que la enormidad de tu alegría supera los límites de las sílabas"* explica él (In Ps. 32, 8).

Para la predicación el obispo se sienta, con el libro sobre las rodillas, como un doctor que enseña. Tal posición confiere inclusive un tono más familiar a sus palabras: algunas veces se levanta y llega al pueblo, que continúa siempre de pie. Habla de media a una hora, a veces hasta dos. Un sermón en el mundo antiguo es como una película para el hombre moderno. Pero en las grandes fiestas, el obispo se limita a diez minutos de homilía.

Agustín procura adaptar el lenguaje a la comprensión popular: frases cortas, juegos de palabras y hasta barbarismos, pues muchos entienden muy mal el latín. *"Prefiero decir un barbarismo —explica él— a hablar en el desierto"* (In Ps 36, 6). Usa proverbios populares, como: *"Un vaso no basta al rico, él quiere beber el río"*; *"el cielo estrellado del pobre vale más que el dorado techo del rico"*.

Hay sermones en los que el obispo dialoga con su pueblo. En algunos hay aplausos, como hoy en los discursos del Papa.

Un día el obispo pronuncia un vehemente sermón en favor de los pobres. El público ovaciona. El orador responde: *"Todas esas palmas son hojas de árbol. Ellas caen. Son los frutos los que cuentan. Mores volo, non voces: quiero hechos, no palabras"* (Serm 61, 13). Pero no cabe duda: Agustín es sensible al calor humano de su pueblo y hasta teme que Dios le va a cobrar una cierta complacencia con esas alabanzas.

Para la comunión, el pueblo viene a recibir la hostia en la palma de la mano —una mano sobre la otra— tal como era costumbre desde la más remota antigüedad. Agustín ofrece la hostia: *"El Cuerpo de Cristo"*, y el diácono el vino: *"La sangre de Cristo"*. Todos comulgan con las

B. La acción pastoral de Agustín

1. Situación general del pueblo

Se acostumbra a idealizar la Iglesia antigua. Pero en ella también el trigo estaba mezclado con la cizaña. En el rebaño de Agustín se encuentran cristianos medianos. El obispo cuenta un diálogo que ocurría con frecuencia: *"Oh compañero, de dónde vienes?"*. *"De la Iglesia"*. *"Tú no tienes vergüenza, mi amigo, de mezclarte con viudas y viejas?"*.

Aun con los que están en la iglesia la situación no es mucho mejor que con los de fuera: *"Quien entra en la iglesia encontrará allí avariciosos, borrachos, viciados en el juego, adúlteros, hombres sin carácter, portadores de amuletos, frecuentadores de hechiceros y astrólogos..."* (De cath. Rud. 25, 48).

Y existen los catecúmenos perpetuos que no se deciden al bautismo debido al *"precio"* moral que este sacramento implicaba. Lo dejan para el fin de la vida. Así ocurrió con el padre del propio Agustín.

La borrachera es un vicio enraizadísimo, contra el cual Agustín trabó un combate feroz, que no siempre llegó a tener éxito. Por sus críticas al alcohol llegó a arriesgar la propia vida. El pueblo escucha sus amonestaciones, pero no las toma en serio. Continúa entregándose a la intemperancia, especialmente en las fiestas religiosas, y hasta dentro de la basílica. Y se encuentran sacerdotes y obispos que viven de esa forma. Agustín llega a pedir

a los neófitos que no vuelvan por la tarde borrachos a la iglesia. Pero la familia anima al joven: *"Bebe, tú ya eres hombre!"* (Serm. 225, 1; 153, 6).

En tal situación, el pastor de hoy encuentra motivo de consuelo... Qué sacerdote u obispo no encuentra el problema del aguardiente en su comunidad? O personas que no quieren saber nada de la preparación para el bautismo? O la historia de que a la iglesia sólo van niños y viejas? Todo esto es muy antiguo y sólo parece actual por ignorancia histórica. Mas también, cuántos obispos actuales nos parece el obispo de Hipona!

Aún más. Veamos ahora las cuestiones relativas a la moral sexual. En tiempo de Agustín existía la costumbre del concubinato, normalizado por la ley. Se toleraba, hasta entre cristianos, que el marido tuviese como concubina una sierva o una esclava. En el fondo la situación de hoy no es tan diferente, a no ser en lo que se refiere a la ley. La sociedad actual se diferencia de la antigua apenas por un grado más elevado de hipocresía.

Agustín, que antes del bautismo vivía en régimen de concubinato, en que tuvo un hijo, Adeodato, fallecido a los 17 años, sabe de lo que está hablando. Y él no economiza palabras. Llama simplemente a las concubinas prostitutas *"respetuosas"*, para escándalo de los presentes. Y clama a las esposas legítimas para la afirmación de su dignidad: *"En cuanto a la vida conyugal, el Apóstol estableció igualdad de derechos. Defended, pues, vuestra causa!"* (Ser. 224, 3). Esta alabanza a la igualdad de los dos sexos tiene tanto más valor cuando se sabe cómo se trataba a la mujer en la antigüedad pagana. La propia madre del obispo, Santa Mónica, era maltratada por el marido. Y sus compañeras le mostraban en el cuerpo las marcas de la violencia. No es de admirar que Plinio hubiese visto, con sorpresa, una mujer en Africa tirar del arado con un burro. Así también este proverbio, que antes de ser árabe fue africano: *"Pega a tu mujer; si tú no sabes por qué, ella lo sabe"* — proverbio de un sadismo cruel!

Aquí parece que Agustín tampoco consiguió gran cosa. Así confiesa su desánimo: *"Qué adelanta, en tantos años, haber bautizado tanta gente, si ninguno guarda las promesas de castidad que hizo? Pero lejos de mí creer que*

esto sea verdad. Sería mejor que yo no fuese obispo, si así fuese. Pero quiero pensar lo contrario. Es una tristeza de mi función recibir la confianza de tantas infidelidades conyugales y no saber nada de los que viven en la fidelidad. Lo que podría alegrarme, me está oculto, y lo que me apena se exhibe a todo el mundo (Serm. 392, 4. 6).

Y los juegos? Ah, este es un capítulo aparte. Ciertamente hoy el juego perdió su carácter idolátrico y truculento, pero no deja de ser menos alienante. En la época de Agustín, las seducciones del teatro tenían el nombre de "*pompas del demonio*", a las que en el bautismo aún hoy se renuncia sin saber bien lo que es. El teatro de la antigüedad tardía es del más crudo realismo. Se presentan personajes totalmente desnudos y otros, como Priápos, con gigantescos falos. Los adulterios eran al vivo. Tertuliano cuenta que vio a un dios Atis siendo realmente casado, así como un Hércules quemado vivo de verdad. Juan Crisóstomo, contemporáneo de Agustín, comenta un efecto del teatro: Vuelve el marido para casa y sueña con la bella comediente y no encuentra gracia ninguna en su mujer. No sin razón, al lado del teatro se encontraban los apartamentos de las "*mujeres de la vida*" para el fin del espectáculo.

Al circo, el pueblo llega de madrugada. Hay gente que pasa la noche esperando delante de las ventanillas de las entradas. Parece como el carnaval carioca o las vísperas de un partido decisivo en el estadio Nacional. Agustín, con la iglesia vacía, ante unas pocas viejas, clama: "*No es una locura gritar por un caballo? No, dice el eco de fuera, no hay nada más maravilloso!*". Por su parte, Crisóstomo se lamenta: Muchos cristianos conocen mejor el nombre de los corredores y los números de los caballos que el nombre y el número de los apóstoles y profetas. No se podría decir exactamente hoy lo mismo, especialmente en relación al fútbol? Y ayer como hoy, (gracias a la televisión), los nombres y las imágenes de los vencedores son vistos hasta en las casas de los más pobres. Los espectáculos siempre fueron máquinas de crear ídolos. En tiempo de Agustín, los ídolos eran sobre todo los gladiadores. Uno de ellos tenía hasta el moderno mote de "*susprium puellarum*": "*la locura de las adolescentes*" como un Elvis Presley.

Y el carnaval tampoco podía faltar. Era la fiesta de las "*Saturnales*", a fin de año. Agustín no se muestra muy rígido, pero pide moderación: "*No os pido que ayunéis, pero comed sin exceso*". Y como el pueblo tenía la costumbre de hacerse regalos, como nosotros en Navidad, el obispo recomienda: "*Haced regalos a los pobres*" (Serm. 198, 3). En un día de fiesta de Cibele, diosa de la fecundidad, en el año 418, Agustín entretiene a los fieles con un sermón más preparado y más largo que de costumbre. Cuando termina, dice: "*Podéis marcharos ahora, la fiesta acabó*". La gran procesión de la diosa había acabado y el pueblo no se había dado cuenta...

Este es el rebaño de Agustín, santo y pecador, como siempre. Tan semejante al nuestro! Un pueblo de limitados horizontes, la mayor parte sólo habla el púnico, al punto de que en el campo el sacerdote necesita intérprete, para que se entienda su latín. Aun en la ciudad hay mucha gente que sigue con dificultad el latín de Agustín. Pues muchos habitantes de Hipona son labradores que viven en la ciudad pero que van todos los días al campo. No sin razón fueron llamados "*bereberes*", derivación del latín "*barbaro*".

Es un pueblo susceptible y emotivo. Basta que el obispo cambie las lecturas bíblicas en la Semana Santa para que el pueblo proteste: Están mudando la religión! Hipona es puerto de mar, y se sabe cómo son las costumbres en esas ciudades. Agustín registra las palabrotas que se escuchan en el puerto, dejándolas públicamente en su original griego. El pastor aprovecha esa situación para sacar una lección siempre concreta: "*La sed del oro te llevó a la India para traer oro, en cuanto que Cristo está a la puerta para que puedas comprarle el Reino de los Cielos*" (Serm. 70, 2).

2. La vida religiosa del pueblo

El pueblo berebere es sincretista, no diferente del brasileño u otros latinoamericanos; mezcla todas las religiones. Venera divinidades fenicias, egipcias, griegas y romanas. Los propios cristianos adoptan prácticas del paganismo. Por ejemplo, toman baños para atraer la lluvia, don precioso para todo africano. Así también, en un

monte de Hipona, a caballo sobre el mar, se erguía en el pasado el santuario del dios fenicio Baal Hammon. Bajo el imperio romano siguió el santuario, mudando apenas el nombre de la divinidad, ahora era Saturno. Hoy, allí, se levanta la basílica de San Agustín. Sintomático. Además, ésta fue la práctica normal en la iglesia antigua; usar los templos paganos para iglesias. Así recomendaba San Gregorio Magno al otro Agustín, evangelizador de Inglaterra: Tira los dioses, pero conserva los templos. Los españoles en las américas siguieron un método diferente: derrumbaron los ídolos, los templos y los adoradores. Y con los restos construyeron sus iglesias e hicieron a los esclavos trabajar en las "encomiendas".

Con todo, es más fácil arrancar los ídolos del pedestal que del corazón. Agustín sabe eso. La propia estructura externa que se quiere conservar de una religión continúa engendrando su sacralidad. Suscita recuerdos que llevan a mezclar culto y culto. Cristo acaba transformándose en el nuevo Atis, dios resucitado, o el nuevo Orfeo, dios mágico. No ocurre lo mismo con las religiones "africanas" de Brasil?

El pueblo continúa adoptando las prácticas paganas: consultar adivinos, oír a los astrólogos, usar amuletos y especialmente hacer libaciones a los muertos. Se acostumbraba a abrir un conducto en la tapa del túmulo, por donde se introducía alimento y bebida hasta la boca del muerto. La propia Mónica sigue tales costumbres. En Milán se extraña de la prohibición de Ambrosio de llevar alimentos al cementerio. No se convence y va a aclarar el asunto con el propio obispo.

Agustín, en sus sermones, prefiere la pedagogía orientadora al método represivo: en lugar de alimentar a los muertos, que de eso no necesitan, alimenten a los vivos, a los necesitados (Carta 26, 6). Así hizo el rico romano Pamaquio en la muerte de su esposa: sirvió un gran banquete a los numerosos pobres de Roma, hecho que se hizo célebre.

Comentando el Evangelio de Lázaro, el obispo llega a ironizar esas prácticas paganas: "Ni una gota de vino siquiera del Epulón llegaba hasta su lengua en llamas" (In Ps. 48, 115).

Debido a esta mezcla de cristianismo y paganismo, el pastor confiesa: "La iglesia de hoy está coja; camina con un pie, en cuanto el otro está enfermo". (Serm. 5, 8).

Eso fijándose en los cristianos. Pues existe aún, en Hipona mismo, un buen número de paganos puros y duros. Existen los que niegan simplemente la otra vida, con palabras que se dirían de hoy: "Quién volvió del túmulo?" "Quién vino a decirnos lo que pasa en el otro lado?" (Serm. 361, 6). Otros no ven la importancia histórica y moral de la fe cristiana: "Qué me puede dar Cristo? Una vida correcta? Esa ya la llevo: no mato, no robo, no engaño a mi mujer!" (In Ps. 31, 2, 10). Esas palabras que registra Agustín, cuántas veces las escuchamos nosotros mismos! Y esos paganos sacan del antitestimonio de los cristianos "que no son mejores que los otros" razones para continuar separados de la Iglesia. Es Agustín de nuevo quien comenta estas reacciones: "Tú quieres que yo me haga como tal cristiano (y, dice el nombre)? Por qué convencerme de hacerme cristiano? Un cristiano me robó; yo, por mi parte, nunca hago eso. Un cristiano levantó falso testimonio. Yo nunca!" Y el obispo añade melancólicamente: "Aunque honestos, se desvían así de la salvación" (In Ps. 25, 14). Pues no es en el seno de la Iglesia donde normalmente Dios quiere salvar a los hombres? Y pueden hasta encontrarse paganos que desprecian el cristianismo considerándolo una religión baja, buena para el pueblo ignorante. De hecho, se encontró en Djemila a unos 180 kms. al oeste de Hipona, un mosaico representando la victoria de la fe cristiana en la forma de un asno vencedor, recordando el famoso grafito del Palatino. A nosotros, hoy, este rasgo ya nos parece extraño.

Con todo, considerar el cristianismo como cosa de niños y viejos, y considerarlo como opio de gente alienada e ignorante, es muy diferente? Y no es esa la opinión de muchos de nuestros intelectuales, sea de la derecha o de la izquierda? Decididamente la "asnera" de la cruz, con perdón de la palabra, no da para evacuar...

Pero al lado de ese paganismo y de esa fe impura e inconsecuente, existen en la Iglesia africana cristianos auténticos. Hay hombres que de expoliadores, se expoliaron en beneficio de los pobres. Agustín, por ejemplo, conoce un médico de Cartago, Cenadio, que dividía con los po-

bres sus ganancias. Era la forma, en ese tiempo, de optar por los pobres —cosa que pertenece a la esencia del Evangelio—. Así también, un Marcelino, jefe del Gabinete del Emperador, gran amigo del obispo: era un padre ejemplar y un santo, verdadero conocedor de la Sagrada Escritura. Es él quien preside la delicada Conferencia de Cartago en 411 y acaba ejecutado por cuestiones políticas.

Es el evangelio concreto y vivido que impacta a los pragmáticos africanos. No son las prácticas cristianas y la solidaridad con los pobres que impactan a Tertuliano? No es el ideal exigente de vida casta que causa impacto tanto en Cipriano como en el propio Agustín?

Y después en medio de la Iglesia de Hipona tenemos los religiosos y las religiosas. La propia hermana de Agustín, quedándose viuda, entra en el monasterio de la ciudad y llega a superiora. Para ellas Agustín redacta las líneas de su famosa regla —Regla que está en la raíz del monaquismo occidental. Los votos son pronunciados siempre ante el obispo y delante de todo el pueblo reunido. La consagración de las religiosas consiste en la bendición y en la imposición del velo, como para el ritual del matrimonio, del que la vida religiosa, es en verdad, una trasposición mística.

Muchas vírgenes, por otro lado, continuaban en el seno de la familia. El obispo era el pastor de éstas también. Célebre por toda Italia se hizo el caso de la noble Demetriades, una de las "prendas" más famosas de todo el Imperio, que por influencia de Agustín acaba haciéndose religiosa.

El viejo Jerónimo, desde el fondo de su cueva en Belén, se siente remecido por el hecho sensacional: "*Apenas algunas provincias conocían a Demetriades, cuando ella era la novia de un sólo hombre. Ahora es el mundo entero que sabe que ella es una virgen consagrada a Cristo*" (Carta 130, 5, 6).

Sabe Agustín que los monasterios pueden abrigar lo que existe de mejor y de peor del hombre. El se escandaliza sobre todo por haber encontrado dinero en la celda de un religioso que acaba de fallecer. Sabe también que la vida religiosa es terreno propio para las extravagancias

de todo tipo. Quiere una ascesis moderada y costumbres sencillas. Ataca la manía de las largas cabelleras: "*Ellos cultivan el cabello en lugar de la santidad*" (De op. mon. 41).

¿Qué opina el pueblo? Parte encuentra en los religiosos un estímulo para la práctica del Evangelio. Agustín mismo apunta la continencia de los hombres y de las mujeres consagrados como ejemplo para los matrimonios y los jóvenes. Pero una buena parte del pueblo encuentra en los religiosos una compensación moral, una especie de santidad por procuración, que los dispensa de asumir personalmente el compromiso cristiano. Esto, ayer como hoy.

Con respecto al culto popular de los santos, especialmente de los mártires, Agustín toma una posición moderada. Conoce la exuberancia popular: toques, besos, etc. con que el pueblo humilde homenaja a sus protectores. Pero ataca todo exceso: abusos de bebida en las fiestas de los santos y hasta fornicación dentro del santuario que servía de hospedería a los peregrinos pobres. En la antigüedad, San Esteban era considerado como el santo milagroso. Llega a aparecer incluso en la forma de San Jorge, sobre un garboso corcel. Ya con 72 años, Agustín le dedica una capilla en Hipona. En apenas dos años se cuentan allí 70 milagros. Agustín, intelectual, se curva siempre ante el milagro. Cree en ellos y piensa que se está abriendo una nueva era en la vida de la Iglesia, como en la de Jerusalén. Recoge los datos de los milagros y los coloca en el archivo de la Iglesia. El pueblo le enseñó a apreciar el culto de los santos, las reliquias y los milagros, y todo el potencial de vida y fe que contienen.

3. Los donatistas y la cuestión de la unidad de la Iglesia

Cuando Agustín se hace cargo de la Sede de Hipona, más de la mitad de la población de la diócesis era donatista. Los donatistas se consideran la "*Iglesia de los puros*" o "*Iglesia de los santos*".

Ellos no reconocen a las iglesias "*católicas*". Que man templos, los invaden, se apoderan de ellos, expulsan

a los sacerdotes y fieles, tiran por la ventana los óleos, los libros litúrgicos y la eucaristía. Para ellos los sacramentos de los pecadores son inválidos. Su fundador fue Donato, a quien veneran sobre todo. *"Donato, para los donatistas, ocupa el lugar de Cristo —explica Agustín en un sermón (197, 4). Si ellos oyen a un pagano hablar mal de Cristo se irritan menos que oyendo hablar mal de Donato"*. Esta inversión parece que no es tan extraña. Hoy también hay quien se irrita más por una crítica a la institución eclesiástica, o al Papa, o al obispo, que a Cristo, a los Evangelios o a los pobres —protegidos de Dios!

La Iglesia en Hipona está nítidamente dividida: celebraciones paralelas, rivales y a veces hostiles. Los donatistas tenían en Hipona una basílica tan próxima a la de Agustín que era fácil escuchar los cánticos y los clamores sagrados de los mismos. El obispo se veía obligado a levantar la voz para superar la gritería de esa antigua especie de *"pentecostales"*.

La situación era tan tensa que bastaba que el obispo reprendiese a un clérigo o a un laico para que se pasasen al otro lado. Cómo discernir en medio de esta confusión? Difícil tarea para un pueblo, en gran parte analfabeto, apenas capaz de firmar con la señal de la cruz, como comprueba Agustín, tantas veces, cuando atiende a los procesos. Algunos se contentan en seguir ciegamente al obispo —lo que para Agustín no es siempre señal segura. *"Nosotros no tenemos problemas —dicen ellos— porque seguimos a nuestro obispo. Mal raciocinio —argumenta Agustín— pues existen obispos entre los heréticos"* (Serm. 46, 21).

Y las frecuentes ausencias del obispo, una tercera parte de ellas en Cartago, dejan al pueblo inseguro: *"A mi vuelta encontré al pueblo en tal estado de irritación que el asunto se había puesto peligroso"* (Carta 124,1).

La situación eclesial está tan deteriorada que se convoca una gran Conferencia donde se confrontasen las dos partes. De 800 obispos que son, comparecen cerca de 600. Es el año 411 en Cartago. Los Obispos católicos están dispuestos inclusive a renunciar por causa de la unidad. La Conferencia es convocada por el Emperador Honorio y presidida por su representante Marcelino, hombre

irreprensible. Se escogen siete delegados por cada parte, unos liderados por Petiliano y otros por Agustín. La intransigencia del jefe donatista obligó a toda la asamblea, incluso su presidente, a permanecer de pie durante las primeras sesiones, es decir durante dos días enteros! La invocación se hace sobre el salmo, que prohíbe *"sentarse con los impíos"*. De hecho, ¿no se juzgaban los donatistas los únicos cristianos y la *"iglesia de los santos"*, perseguida y no perseguidora? Petiliano, en plena asamblea, llega a impugnar la ordenación de Agustín.

El resultado es que con la desmoralización del donatismo, la paz y la unidad comenzaban a volver a la iglesia africana. También porque las decisiones del sínodo tenían valor político y eran ejecutadas por la autoridad imperial, interesada en la paz social. Hay que reconocer que el donatismo representaba un movimiento de fuerte contenido antiromano y autóctono. Recogía, inclusive, buena parte de los seguidores entre la población más sufrida de Africa del Norte. Pero también es verdad que el movimiento religioso-social se radicalizó, sobre todo por su ligación con los *"circunceliones"*, especie de milicianos de aquella región conturbada.

Agustín inicialmente rechazó el recurso a la fuerza imperial frente a los donatistas, contentándose con el método persuasivo. Pero después sus colegas y sobre todo la experiencia concreta le mostrarán que un uso moderado de la fuerza, aún represiva, podía ser benéfico (Carta 93, 133 y 185).

De ahí su célebre *"compelle intrare"* (obliga a entrar) que sirvió más tarde de justificación para el recurso a la represión del Estado, especialmente a través de la Inquisición. Pero tanto en la teoría como en la práctica Agustín se conservó dentro de los términos más evangélicos posibles. Su posición, en el caso que examinamos, es extremadamente dialéctica, lo que se manifiesta en este par de frases, dichas a propósito del donatismo: *"Es la caridad que golpea, es la maldad que acaricia. Muchas cosas se hacen bajo la apariencia del bien, pero no tienen como raíz la caridad."*

Los espinos también tienen flores. Hay actitudes que

son aparentemente duras y hasta crueles, pero que, en función de una buena educación, son dictadas por el amor. Finalmente, se te dió sólo un mandamiento: ama y haz lo que quieras" (In Jo. 7, 8).

He aquí una idea de amor perfectamente realista, la única que se puede aplicar en el campo conflictivo de la política. ¿Cómo amar a los opresores? Y más: ¿cómo amar a los oprimidos alienados? Con su concepción de amor vigoroso, el doctor de Hipona nos ayuda a responder a tales preguntas.

En cuanto a Marcelino, que dejamos dos días de pie por la intransigencia donatista, es necesario saber que, debido a las rebeliones en la época de las invasiones de los vándalos, acabó preso y decapitado, apenas dos años después de la Conferencia que presidió con tanta dignidad. La Iglesia se movilizó, pero no pudo obtener su libertad. Al fin, Agustín no era un Ambrosio... A cada cual su grandeza !

Cuando, en término de unidad de la Iglesia, comparamos nuestra situación con ésta, qué diferencia ! Nuestras peleas intra-eclesiales, inclusive esa historia (que necesita ser aún mejor contada) de la "Iglesia popular" aparecen como juegos. Gracias a Dios !

Por otro lado, nuestro gran "cisma" es el de una sociedad dividida entre oprimidos y opresores, pobres y ricos, hambrientos y nadando en lo superfluo; es esto lo que rasga hoy la "túnica inconsútil" de Cristo, y, para hablar como Pablo, que desconjunta el Cuerpo de Cristo, crucificado en los pobres de este mundo. En verdad, el Vaticano II nos recordó que la unidad de la Iglesia sirve para construir y fortalecer la unidad del género humano en Dios (LG, 1, 1).

C. La pastoral social de Agustín

1. La situación social

En el campo está vigente el régimen del latifundio. Hay dominios imperiales y dominios privados, ambos regentados por administradores "in loco" (procuratores). Los propietarios permanecen en las grandes ciudades: Roma o Cartago. Pero en el tiempo de Agustín muchos van a vivir en lujosas "villas" elevadas en sus propios dominios. Algunas de esas villas poseen hasta un apartamento especial llamado "pensador" -refugio del filósofo...

En la base de la pirámide social tenemos los colonos, que trabajan en las tierras alquiladas o re alquiladas, antiguos pastores o pequeños propietarios en decadencia. Además del latifundio, el impuesto. Como una catarata, éste cae sobre los que están más abajo: el propietario lo arranca del procurador, éste del colono que alquiló la tierra, y éste del que la re-alquiló, etc. Existe la Ley Manciana, una especie de "Estatuto de la Tierra", pero es continuamente violada, como entre nosotros, para variar. Y después existe aún el mercado montado por los patrones que acaba por enterrar a los pequeños con deudas.

Una de las salidas para los pequeños es recorrer al sistema de protección ("tuitio"). Consiste en colocarse bajo la protección de un importante para defenderse de las arbitrariedades de otro. Este hombre importante tiene el papel de nuestros "padrinos". Sólo así un joven de las clases bajas tiene condiciones de estudiar y hacer carrera. Como sucedió con Agustín. Otra salida es entrar en los

"circunceliones", bando de asaltantes rurales y justicieros populares. Uno de esos grupos encuentra un día un señor, confortablemente sentado en su carruaje, mientras un esclavo tira corriendo delante; hacen parar el coche, y mandan invertir las posiciones, ciertamente con grandes y sabrosas carcajadas...

Esos esclavos empiezan a desaparecer. Se encuentran sobre todo en las ciudades. Cuando pasan a ser libertos, se encuentran en una situación más precaria. Ocurrió lo mismo a los esclavos con las leyes abolicionistas en América Latina. Agustín se confrontó con esa cuestión desde el punto de vista teológico. La esclavitud, ¿sería una tara del pecado? ¿Legítima? El no cierra el problema. Piensa que es "asunto grave", una situación de hecho, que él acaba aceptando con la conciencia torturada. En verdad, los padres no tenían la conciencia socio-histórica que nosotros tenemos. Por eso no podían distinguir claramente lo que era debido al "pecado original" (sufrimiento y muerte, irremovibles como tales) y el "pecado social" (esclavitud, y hoy el asalariado, que son perfectamente removibles). De todas formas, la Iglesia del tiempo animaba la liberación de los esclavos. El señor conducía a su esclavo a la Iglesia, hacíase la lectura del acto de libertad y el esclavo rasgaba el acta de compra, quedaba en libertad.

En la ciudad, la situación social no era mucho mejor. Hipona, como nuestras ciudades, tiene una estructura urbana doble: existen los barrios ricos, de bellas mansiones con "baptisterium" (piscina), y los barrios pobres y sus miserables barracones, cuyos moradores eran en la mayoría cristianos. Había, pues, en aquel tiempo auténticas favelas, o villas miserias, o callampas; en latín: mapalia. Allí se amontonaban los emigrantes del campo, los endeudados, los desempleados. "Pocos ricos, innumerables pobres" —dice Agustín, y eso nos suena a Puebla. Como en el campo, aquí también encontramos los protegidos de los grandes, esa chusma de gente aduladora, despreciable, llamada "clientes", que sirven a los mayores y se prestan a ser masa de explotación y maniobra. Los alienados, diríamos hoy.

Los pobres comen mal: pescado y pan de cebada o trigo. Hipona mismo, que fue la capital de los reyes nómadas y tiene nombre ilustre "Hippo Regius" (Hipona, la

Real), es ciudad francamente sucia. Todo se tira en la calle, que se convierte así en basurero público. Puede ser la segunda ciudad del Norte de África, pero aun así es modesta. Posee dos termas o baños públicos, lugares de encuentro, de descanso y reposo, de deporte, gimnasia y cultura (tiene una biblioteca). Es un poco como los Clubs de hoy.

Están decoradas con mosaicos representando dioses y diosas, e inscripciones: "bene lava!", (buen baño). Agustín sabe por experiencia personal que bañarse es un remedio contra la tristeza. El baño antiguo tenía todo un ritual: primero agua fría, después agua caliente; en seguida, sauna, unción con óleos perfumados, fricciones y por fin depilación. Agustín autoriza a las religiosas, en su Regla, ir a las termas una vez por mes.

2. Agustín y los pobres

En su función judicial, Agustín se coloca al lado de los pobres; se hace su abogado: "Me hago mendigo por causa de los mendigos" (Serm. 66, 5). Pero no es hombre administrador. Le pesa tener que atender los negocios materiales de su iglesia. "Yo soporto la administración de la iglesia. No me gusta ese trabajo". Lo asume, sin embargo, por causa de los pobres, oprimidos y huérfanos (carta 126, 9). Por eso su biógrafo-testigo, Posidio, anota: "El nunca olvidaba a sus hermanos, en la pobreza". El obispo es algunas veces el tutor de algunas niñas. Es necesario conseguir un buen compañero para el matrimonio. Hasta en eso está metido Agustín...

Contrariando su temperamento, se dispone a ir al encuentro de las autoridades. Va a los poderosos, sí, pero en nombre de los pobres. Ved cómo describe esas providencias penosas y tantas veces infructíferas: "Frecuentemente se oye hablar: él fue a encontrarse con tal autoridad; ¿es el lugar de un obispo? Sin embargo, vosotros sabéis perfectamente que son justamente vuestras necesidades las que nos hacen ir allí donde no querríamos ir, que nos fuerzan a esperar, a colocarnos en la puerta, para esperar la entrada de los pequeños y de los grandes. Nos quedamos mucho tiempo esperando en la ante-sala y nos recibimos con gran dificultad. Cuántas humillaciones!. Nos

vemos obligados a suplicar para obtener satisfacción y muchas veces volvemos para casa con las manos vacías. Ahorradnos esos penosos procedimientos. No nos forcéis a tanto. Nosotros no hacemos cuestión absolutamente de encontrarnos con las autoridades. Ellas saben, además que sólo aceptamos esas diligencias a regañadientes". (Serm. 302, 17).

Agustín es lo opuesto del obispo cortesano.

La Iglesia usa su poder para presionar al estado en favor de los oprimidos. Y así el Concilio de Cartago (401) solicita al Emperador que instituya los abogados para defensa de los campesinos pobres, contra los latifundistas, una especie de "justicia rural". Qué semejanza, en el contenido y en la forma, con nuestras asambleas de la Conferencia Episcopal, tan criticadas por unos como horizontalistas y por otros como políticas...

La Iglesia sólo asume la administración de las tierras en interés de los pobres. Haciéndose potencia económica, no sólo despierta la crítica de los ricos, sino también la sospecha de los pobres en torno de eventuales abusos. La Iglesia de Hipona posee reserva de cereales y aceituna para los pobres. Por otro lado, dispone de un grupo de diáconos que son como delegados episcopales en los asuntos de la caridad. Y en el aniversario de su ordenación episcopal, Agustín acostumbra a ofrecer a los pobres un banquete. Era una bella práctica cristiana recibir a los pobres, como convidados especiales, en la propia mesa, obedeciendo al convite de Cristo: "Cuando des un banquete, convida a los pobres, cojos, ciegos".

Agustín, como otros Padres, recomienda la limosna. Pero la limosna era en el mundo antiguo la forma misma de comunión de bienes. Era una cuestión de la más estricta justicia social. Era una forma de restituir a los pobres aquello que les correspondía por derecho. Lo que sobra al rico es, pues, lo que se debe al pobre. Agustín lo acentúa como frases lapidarias: "Poseer lo que es superfluo es poseer lo que pertenece al otro"; "no dar lo que sobra es un robo" (In Ps 147, 12; Serm. 206, 2).

Los sermones de Agustín sobre la limosna serían su-

ficientes para llenar un buen volumen, aunque ciertamente no tenga el vigor de un Basilio o de un Ambrosio.

Muestra fina sensibilidad por el problema social. Y como Cristo él comparte con el pueblo: "Viniendo a la basílica, fui interceptado por los pobres. Ellos me suplicaron que os dijese una palabra en favor de ellos. En verdad, en los últimos tiempos no han recibido nada de vosotros. Evidentemente ellos esperan que nosotros, gente de la Iglesia, les demos alguna cosa. Nosotros hacemos lo que podemos, pero nuestros medios son limitados. Pero nos hacemos sus mensajeros ante vosotros. Vosotros escuchadme, vosotros me aplaudidme. Deo gratias!" (Serm. 66, 5; 355, 5). Texto conmovedor! Mirad lo que significa en verdad hacerse la voz de los pobres que no tienen voz, y su abogado. En aquel tiempo era por el camino de la limosna de mano en mano. Hoy la limosna tiene una traducción política: se trata de asumir la causa de los oprimidos y con ellos luchar por un mundo donde tengan lugar como hijos de Dios.

Ya viejo, ausente de Hipona, el obispo sabe que la comunidad diocesana abandonó el cuidado de los pobres durante el invierno. La reprende con vigor (Carta 122): "Sabed prestar socorro, organizad la acogida, actuad en lugar de esperar o de lamentaros, reaccionad contra la tentación de los egoístas, que entierran sus tesoros en lugar de compartirlos".

Si tradujésemos todo esto en términos de opción por los pobres y todo lo que ella implica de concientización, organización y animación de su andadura, estaríamos en la línea recta de la inspiración de Agustín, que fue la de toda la Iglesia antigua, que era la del mismo Jesús de Nazaret.

3. Agustín y los poderosos

En primer lugar, los ricos. Frente a ellos, el Obispo de Hipona toma una posición francamente profética, denunciadora, reverso necesario de la posición de apoyo y solidaridad con los pobres, expuesta antes.

Les dice, sin medias palabras: la tierra y todas las riquezas son de todos. La existencia de los pobres es un in-

sulto a la munificencia divina, que proveyó a todos con suma abundancia. Quiere esto decir que la pobreza no es responsabilidad divina, sino humana.

Agustín ataca a los traficantes del hambre del pueblo en épocas de crisis económica, como fue la suya: *"Tú eres cristiano y quieres que Cristo te garantice contra las pérdidas. La fe sería una garantía más segura si colocases tus riquezas donde él te aconseja: entre las manos de los pobres"* (In Ps. 38, 11, 12).

El Obispo muestra particular dureza contra los gerentes desalmados, que imponen a los labradores cargas terribles (Carta 147). Pero es sobre todo a los usureros a quienes él ataca. Para él son, sencillamente, ladrones, *"traficantes de la iniquidad"*, del orden de los proxenetas y de los magos. *"El usurero se enriquece con las lágrimas del otro"* (Ser. 86, 3).

Se trata de una profesión nítidamente inmoral: *"No tengo otro medio de vida. Tú hablas como el ladrón, sorprendido en flagrante delito, como el proxeneta que hace el comercio de mujeres, como el mago que hace de su mal un tráfico, de su iniquidad un comercio"* (In Ps. 128, 6).

¿Cómo traducir todo esto hoy? Es cierto que el usurero tiene como descendiente directo al banquero, pero algo de su genio penetró en todo capitalista, en la medida que éste busca el lucro sin el trabajo correspondiente, en la base de la simple extorsión, sea patente o camuflada.

Agustín no acepta para la Iglesia los dones que vengan de la explotación. Para él, la limosna no disculpa ni apaga la injusticia (Serm. 388, 2). Traza un fino análisis de la psicología del rico. Verifica que la riqueza, en vez de calmar el deseo de ganancia, lo excita aún más. Recuerda el proverbio popular: *"Al rico, el vaso no le basta, quiere beber el río entero"*. Así el rico es esclavo ignorándolo. Y esclavo de dos señores tiránicos: el desorden y la avaricia (Ser. 86, 6).

En verdad, para llegar a la libertad es preciso pasar por la libertad del tener. De este modo, se encuentra el rico en una situación trágica: su pretexto de liberarse, oprime a los pobres y acaba por oprimirse a sí mismo.

Vayamos ahora a las autoridades políticas. Aurelio Agustín se sitúa entre los dos extremistas de la época: Eusebio de Cesarea, para quien el Emperador es un *"obispo exterior"*, y los donatistas, para quien *"nada hay de común entre los cristianos y los soberanos: los obispos y la corte"*, y que se preguntan: *"por qué el Estado se intromete en cuestiones de la Iglesia?"*. Como Ambrosio, él concibe la relación de la Iglesia con el Estado en una línea de colaboración en beneficio de todos. Él piensa que el cristiano está más preparado que nadie para ejercer la administración pública (Carta 151, 14). Y si hay una distancia crítica que la fe debe mantener con respecto al poder político, tal distancia se establece a partir de la instancia escatológica: *"Perdónennos si nuestra patria externa viene a entristecer la vuestra"* (Carta 91, 2).

Agustín es capaz de denuncias. Llama *"dragón que todo devora"* al funcionario venal y extorsivo (Carta 247). Sabe que los soldados no gozan de buena reputación entre el pueblo, para quien todos ellos son espías, carceleros, violentos y mercenarios. Distingue entre milicia y malicia. Al contrario de Tertuliano, para quien Cristo desarmando a Pedro habría disuelto las legiones, él piensa que el ejército y la guerra pueden ser tener legitimidad.

En lo que concierne a la *"Teología política"* de Agustín, el pensamiento de la Iglesia hoy está naturalmente mucho más avanzado en términos de posición crítica. Agustín se situaba evidentemente dentro del universo de la cristiandad, de la que llega a ser en el devenir de la historia, el gran inspirador. Hoy, la Iglesia, especialmente en nuestro Continente, toma distancia más crítica frente al poder vigente, y no sólo en cuanto a sus abusos, sino también en cuanto a su estructura y proyecto global. Y lo que decimos de la política, en Agustín, vale también para la economía, como estructuras globales.

Personalmente, Agustín, era amigo y consejero espiritual de altos funcionarios del Estado imperial. Pero no frecuentaba la corte. Y cuando los negocios de la Iglesia y la causa de los pobres reclaman su presencia, prefiere mandar a alguien. Es una postura de principio, pero también es su temperamento. No es un aristócrata. Es reservado, y aun tímido. Le falta experiencia política, obstina-

ción y confianza en sí, como se ve en Ambrosio.

Pero cuando es preciso elevar la voz, lo hace, pues tal es la función del obispo. No quiere ser un pastor mercenario. *"Siempre existirán dos tipos de pastor en las catedras episcopales: los verdaderos pastores y los viles aprovechadores. A Dios compete el discernimiento".* De hecho, *"la cizaña crece hasta dentro del ábside"*.

Expresión vigorosa y vibrante del realismo más evangélico (Ser. 73, 1; Carta 208, 2-3).

Y se refiere en otra ocasión al deber que tiene el obispo de hablar, de profetizar: *"Quieres ser considerado como un obispo bueno? No digas nada. Si tienes la infelicidad de hablar, pasarás por un obispo malo"*. (In Ps. 128, 4).

Querido Don José, debo terminar. Espero que me haya acompañado en este largo camino, aunque parece haberlo perdido de vista. Pero no. Al terminar este pequeño bosquejo, no le parece la figura de Agustín un maravilloso antecesor suyo, un obispo inmerso en su pueblo y entregado totalmente a él en el amor del Evangelio? Así me parece a mí, a pesar de la modestia de usted. Aún pienso que si ustedes se encontrasen, iban a sentirse como viejos amigos. Hasta imagino que si pudiese participar en una asamblea de la Conferencia Episcopal, el Obispo de Hipona no iba a sentirse extraño, ni nuestros obispos junto a él: tan próximos se sentirían, aunque muy distantes en el tiempo!

Es realmente confortador constatar que nuestro episcopado se sitúa, en línea directa, dentro de la gran tradición episcopal. Una razón más para confirmar su caminar por una pastoral liberadora y para avanzar rumbo a un mundo transformado en el espíritu evangélico.

Yo ya había percibido semejante vínculo entre la teología de la liberación y la gran tradición teológica representada por Santo Tomás.

Así esta carta se une a otra que escribí anteriormente en la REB (Revista Eclesiástica Brasileira vol. 41, 1981).

Aquella se titulaba: **"Santo Tomás de Aquino y la teología de la liberación"**, y se dirigía a un teólogo-estudiante; ésta se titula **"San Agustín de Hipona y la pastoral de la liberación"** y se dirige a un obispo, precisamente a usted.

Y aquí lo dejo en Cristo Jesús, que es, como afirma bellamente nuestro gran Agustín en la *"Ciudad de Dios"* (X, 32, 2): *"El camino universal de la liberación humana, fuera del cual nadie se liberó, nadie se libera y nadie se liberará"*.

Le pide la bendición su hermano menor

Clodovis Boff

